

DE AYER A HOY

UNA OPORTUNA VISITA AL HOSPITAL DE AGUDOS DE CÓRDOBA

POR EL

DR. JUAN FERNÁN PÉREZ

MADRID

AYER, durante los siglos de la Edad Media, cuando Córdoba era la reina soberana del califato, rival y superior al de Damasco, destacaban en su ámbito mentalidades de tanto prestigio científico como Maimónides y Aberroes, y se iniciaban los avances de su medicina y los de sus humanitarios sentimientos al crear aquellos centros hospitalarios que se llamaron de Santa María de Huerta, de San Bartolomé y San Ildelfonso, de San Antón en extramuros, de San Antonio Abad, de la Lámpara, de Burgos, de San Lázaro, de Ahogados y de San Sebastián, en el siglo XIII; de San Blas, de la Santísima Trinidad, de Nuestra Señora de las Huertas y Rocamador, de la Misericordia, de San José y la Magdalena, de la Preciosa Sangre de Cristo y de San Acisclo y Santa Victoria, en el siglo XIV; de Nuestra Señora de la Consolación, de Nuestra Señora de la Candelaria, de San Zoilo, de Santa María de los Huérfanos o de los Ríos, de San Simón y San Judas, de San Salvador, de Guadalupe, de Jesucristo, de Santa Brígida, de San Bartolomé (Omnium Sanctorum) de Ciegos, de San Andrés o del Buen Suceso, de los Desamparados, de Santa Quiteria, de la Caridad, de Santa Catalina, de Jesús Crucificado, durante el siglo XV; de Antón Cabrera, de San Eloy, de San Bartolomé, del Corpus Christi y Santa Lucía, de Nuestra Señora de la Asunción para peregrinos, de San Sebastián, de la Coronación, de Santiago, de San Bartolomé y la Magdalena, de Nuestra Señora de Villaviciosa, de San Andrés, de Convalecientes de San Jerónimo, de San Bartolomé para Letrados, de San Julián y de San Juan y San Jacinto, en el siglo XVI; de San Bartolomé y Jesús Nazareno, de Convalecientes, de San Francisco y de la Misericordia, en el siglo XVII.

En el siglo XVIII, el único hospital fundado fué el llamado del Cardenal, hoy denominado con el nombre de Hospital de los Agudos, que el cronista tuvo la fortuna de visitar muy pocos días antes de que un devastador incendio estuviera a punto de destruirlo totalmente, obteniendo un gran número de fotografías de sus galerías, salas y patios, con algunas de las cuales ilustra este reportaje.

En el siglo XIX fué fundado el Hospicio o Casa de Misericordia, la Casa Central de Expósitos y la Casa de Maternidad. Y en el siglo XX han sido cons-

truídos el Hospital de la Cruz Roja, en el paseo de la Victoria, y el Militar, en Fuensantilla.

Por añadidura, y con fecha desconocida respecto a su fundación, el ilustre profesor de la Escuela de Veterinaria de Córdoba y eminente doctor en Medicina, don Germán Saldaña Sicilia, en su magnífica tesis doctoral, titulada «Monografía histórico médica de los hospitales de Córdoba», que nos sirve de inigualable guión para este reportaje, señala otros siete hospitales, que son: el



FACHADA PRINCIPAL DEL HOSPITAL DE AGUDOS, DE CÓRDOBA.

de San Martín, el del Niño Perdido, el de Nuestra Señora de las Nieves o de Santo Domingo de Silos, el de San Matías, el de San Benito, el de Nuestra Señora de Linares o de San Antón y el de San Mateo.

Esta simple relación de centros hospitalarios denota bien claramente los sentimientos humanitarios de los cordobeses y el brillante prestigio que siempre alcanzó la Medicina cordobesa.

Hoy, en estos últimos días de septiembre, tuve la oportunidad de coincidir en esa maravillosa ciudad que es Córdoba la sultana con el doctor Manzanete, y en compañía de los doctores Navarro, padre e hijo, y del jefe provincial de Sanidad, doctor Gimeno de Sande, hicimos una instructiva visita sanitaria a la capital y su provincia, entrevistándonos en La Victoria, pueblecito paupérrimo,

con su médico titular, don Ramón García Garrido, que en su nueva Casa del Médico tiene una buena instalación de rayos X, un completo laboratorio de análisis, con su excelente microscopio «Zeiss», y otro completo laboratorio fotográfico, que es el violín de Ingres de este médico rural, bueno, infatigable y cultísimo. Y terminamos la excursión visitando la ciudad de Cabra, donde estudiamos el Bachillerato allá —¡ay!— por los primeros años del siglo y donde conocimos «de visu» la ingente labor que llevaba a cabo el eminente tisió-



SOBRE EL FLORIDO BALCÓN DEL HOSPITAL DESTACA EL ESCUDO DEL CARDENAL SALAZAR, SU FUNDADOR.

logo doctor don Carlos Zurita, miembro de la Asociación Española de Escritores Médicos y de la Academia de Bellas Artes de Córdoba. Pero estas dos visitas serán objeto de detenidos reportajes, que dejo para otro día, como también hablaré en otra ocasión de la «Orden del Cepillo», creada por el doctor Manzanete y cuyos estatutos nos definió su fundador, con el más fino humorismo, a los postres de un exquisito almuerzo en el bellísimo patio cordobés del Círculo de la Amistad.

Al filo de las diez de la mañana, en el «cuatro-cuatro» del doctor Navarro, llegábamos ante la bella portada del Hospital de Agudos, que el arsenal eminentísimo fray Pedro de Salazar fundó, en principio, con el carácter de colegio, donde los infantes de coro recibieran adecuada cultura musical, aprendiesen solfeo y a manejar con soltura diversos instrumentos líricos, y más tarde, por diversas sugerencias, orientó hacia fines hospitalarios, no logrando ver realizados sus propósitos, ya que falleció en 1706 y hasta el día 11 de noviembre de 1724 no pudo abrir sus puertas el hospital, recibiendo como primeros enfermos a Diego Cantarero y María de la Concepción, ambos de Bujalance, y otras quince mujeres y doce hombres que fueron recibidos en el primer día de su funcionamiento, bajo la dirección de su primer rector, don Manuel Palacios.

En nuestra visita hemos recorrido sus diversas salas e instalaciones, si no muy modernas, dotadas de todo cuanto se considera hoy necesario para el buen

funcionamiento de un centro hospitalario de esta magnitud, puesto que cuenta con cuatrocientas camas, disponiendo de tres servicios médicos, en cuatro salas; de cuatro servicios de cirugía, con diez salas; uno de infecciosos, con dos salas, así como los necesarios departamentos de radiología y de laboratorio.

En el transcurso de nuestra visita hemos visto varias lápidas que demuestran la generosa aportación privada o particular al sostenimiento de este hospital. En la Sala del Santo Cristo hay una lápida que dice: «Por iniciativa y ge-



DESDE UNA DE LAS SALAS DE ENFERMOS SE DIVISA LA AIROSA TORRE DE LA MEZQUITA CORDOBESA.

nerosidad de la Excm. Sra. Marquesa del Mérito, la caridad restauró esta clínica en 1920», y en la Sala del Carmen hay otra que dice: «El doctor Altolaguirre y Reja, cirujano eminente y hombre justo y caritativo, restauró esta enfermería en 1921», y en la de San Francisco hay esta otra: «Se restauraron estas enfermerías en 1923, por don Luis Grande Baudesson, Gobernador».

Referiré, finalmente, una curiosa anécdota acaecida a don Pedro de Salazar y Góngora, sobrino del Cardenal y nombrado por éste encargado y administrador del Hospital, que fué primero deán de la Catedral y luego obispo.

«En 1737 —dice el doctor Saldaña— ocupó la plaza de titular de Pedroches un médico llamado don Vicente Pérez. Con motivo de una epidemia habida

en dicho lugar dos años más tarde, que ocasionó muchas víctimas y entre ellas diez paridas de un mes, puso en práctica dicho médico un método terapéutico, iniciado en Francia un siglo antes, consistente en el empleo del agua en todas sus formas y aplicaciones, externas e internas, lo que en el fondo no era otra cosa que aplicación del método expectante, respetando sin obstáculos medicamentosos las naturales defensas del organismo. Los grandes éxitos logrados con tal medio extendieron la fama de don Vicente Pérez por otras regiones, y bien

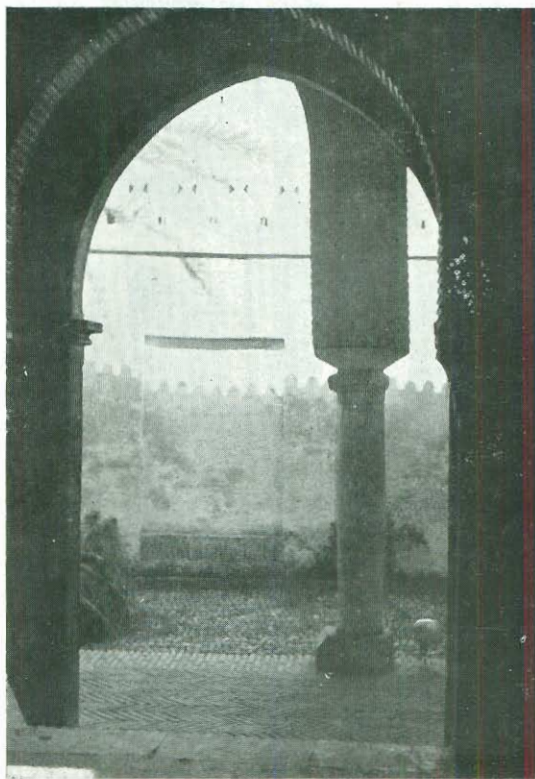


SOBRE LA ENJALBEGADA PARED DE UN PATIO SE PROYECTA LA SOMBRA DE ENCAJE DE UNA AIROSA PALMERA.

pronto fué conocido en todas partes por «el médico del agua», consiguiendo nuevos éxitos en los distintos puntos donde ejerció su profesión: Santa Cruz de Mudela, Pozoblanco, Alcázar, Toledo y Madrid, si bien a costa de sinsabores múltiples, originados por la persecución de que se le hizo objeto y que culminó en el arresto y prisión decretados por el Real Tribunal de Protomédicos.

El obispo don Pedro de Salazar, noticioso de los éxitos de «el médico del agua», le pidió detalles escritos de tal régimen para emplearlo en el Hospital, y así se hizo, lográndose, merced a él, resultados tan halagüeños, que de dieciocho a veinte defunciones que había diariamente, quedaron reducidas a cero con este método hídrico.

Naturalmente, no podemos estar conformes con este criterio simplista del obispo Salazar sobre la «hidroterapia» de don Vicente Pérez, que demostró ser, no sólo un gran clínico, sino un hombre de excepcional talento, como también lo tienen la mayoría de los curanderos de hoy día, y viene a confirmar este criterio personal nuestro respecto al célebre obispo y a sus sucesores de la Diputación de Obras Pías y Hospitales del Patronato del Cabildo, el hecho de que, a pretexto de la incapacidad del edificio y su falta de pro-



BELLA SALIDA A UNO DE LOS PATIOS DEL HOSPITAL DE AGUDOS.

porción y acomodo para establecerlo, rechazó la creación en el citado Hospital de Agudos de un colegio de cirugía que en 1816 le fué ofrecido por R. O. del Secretario de Estado, del Ministerio de Justicia y de la Real Junta Superior Gubernativa de Cirugía, ya que «para que la enseñanza pueda ser completa en estos nuevos establecimientos es necesario que, además de una localidad conveniente a los objetos de su Instituto, se les proporcionen por los hospitales en que deben colocarse cadáveres para las disecciones y demostraciones anatómicas, y enfermos para que los catedráticos del Colegio puedan instruir en la práctica de la Facultad a los alumnos y confirmarles con ella la enseñanza teórica que les dicen en la cátedra.»

De donde, acaso por aquella negativa, haya perdido Córdoba la oportuni-

dad de contar en la actualidad con una Facultad de Medicina, como tiene la de Veterinaria, y que habría sido fundada como consecuencia de existir el Colegio de Cirujanos, si no hubiera sido rechazado el ofrecimiento antes citado.

Dos días después de nuestra visita al Hospital de Agudos, se declaró un incendio en una de las salas, siendo verdaderamente milagroso que, gracias a la serenidad de todos, enfermos, facultativos, auxiliares y las beneméritas hermanas de la Caridad, no ocurriesen desgracias personales.



UNA REJA DEL HOSPITAL DE AGUDOS, JUNTO A LA ESTRECHA CALLEJA QUE LO CIRCUNDA.

Es de esperar que el Estado, la Diputación, el Municipio y el vecindario cordobés, que tantas muestras de amor al enfermo desvalido tiene dadas a lo largo de los siglos, se apresure a proporcionar urgentemente los recursos necesarios para reconstruir la parte incendiada, aunque sea a trueque de estimular la vanidad de los donantes haciendo constar en sendas lápidas su generosa aportación, tan absolutamente necesaria como en los tiempos pretéritos, a pesar de esa magna obra social que se llama Seguro Obligatorio de Enfermedad, creada para atender al económicamente débil en sus enfermedades y padecimientos.

(Fotos del doctor Fernán Pérez.)